

**Palabras pronunciadas por Jorge Galán el día de la
Fundación pro Real Academia Española, celebrado el 24 de noviembre de 2016**

La madrugada del 16 de noviembre de 1989 mueren en San Salvador seis sacerdotes jesuitas y dos colaboradoras, víctimas de un asesinato perpetrado por un batallón de élite del ejército salvadoreño, ordenado y organizado por el estado mayor. La novela *Noviembre* da cuenta de ese asesinato.

Pero la historia de los jesuitas asesinados no es importante solo en sí misma sino también como símbolo de los horrores que se viven habitualmente en mi país, asolado, estos días más que nunca, por una violencia que no parece poseer límites. Estos hombres, que entonces fueron víctimas de esa violencia, lo son ahora de la impunidad.

A pesar de que se sabe quiénes son los culpables –la novela, de hecho, menciona con sus nombres a cada uno de los autores materiales e intelectuales del asesinato– la justicia salvadoreña no ha condenado ni a uno solo. La impunidad persiste en todos los ámbitos de nuestra sociedad. Docenas de crímenes han quedado impunes: la matanza de casi treinta mil campesinos a inicios de 1932, el asesinato de nuestro insigne poeta Roque Dalton, el de nuestro arzobispo Óscar Romero o las masacres acontecidas durante la guerra civil, son una muestra significativa de muchos otros sucesos semejantes que han quedado en la impunidad más absoluta.

¿Hacia dónde ha llevado todo esto? A la destrucción de una sociedad. A inicios del año 2016, *The Guardian* nombró el país más peligroso del mundo a El Salvador, donde se contabilizaba un asesinato cada hora. Un promedio de veinticuatro al día. Ese número puede oscilar, y ha llegado a ser hasta cincuenta y uno, como se registró el pasado jueves 27 de agosto de 2015. Que un minúsculo país centroamericano, de poco más de seis millones de habitantes, ostente estas cifras es alarmante y sobrecogedor. Lo que allí se vive es la sombra misma, y las personas que allí habitan se han convertido en personajes, en habitantes de una historia sucedida en una región de nieblas perpetuas donde todos son meras siluetas de sí mismos.

Cuando supe que mi novela había obtenido el premio de la Real Academia, me desbordó una emoción genuina. Con cualquier otro libro mi ilusión y mi alegría habrían sido grandes, como es natural; pero que se destacara este libro significaba mucho más, porque para mí esta novela va más allá de un hecho literario. La verdad de lo que cuenta supera cualquier técnica, cualquier lirismo, cualquier estructura narrativa. La historia de los jesuitas españoles Ignacio Ellacuría, Miguel Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Juan Ramón Moreno y Amando López; del jesuita salvadoreño Joaquín López y López y de sus colaboradoras, Elba y Celina Ramos. Esa historia de sacrificio era una que valía la pena contar y que valía la pena intentar que prevaleciera. Porque, al final, lo que queda es una enseñanza humana y tan genuina como mi propia alegría y mi propio orgullo por este momento y este galardón.

No me queda más, pues, que agradecer a la Real Academia Española por este premio, el cual recibo en mi nombre, pero también en nombre de aquellos cuya historia he contado en mi libro. Hoy, los siento aquí conmigo, tan presentes y vivos como cualquiera de nosotros.